

PARA COMERTE MEJOR

Por Javier Díaz-Guardiola

Érase una vez...

Podría comenzar contándoles un cuento. Uno de esos que empiezan con un “Érase una vez” y que están llenos de escenografías, animalitos del bosque y aguerridos héroes en potencia que aún no saben de su condición. Uno de esos cuentos en los que los pajaritos cantan, las nubes se levantan y terminan con un “Y comieron perdices”. Nunca he entendido por qué tenía que ser este tipo de aves, y no, por ejemplo, codornices, que también riman con felices. La verdad es que nunca me ha entrado en la cabeza qué relación había entre disfrutar de una vida placentera y digerir este tipo de alimentos... Claro, que uno se para a pensar en los cuentos infantiles y repara en la cantidad de alusiones que se hace en ellos a todo lo referente a la nutrición y la ingesta de sustancias más o menos saludables para el organismo. Porque ahí tienen a Hansel y Gretel, tirando miguitas de pan para que, de nuevo, unos pajarracos les aguaran la fiesta y les impidieran volver a casa. Sin embargo, en su inocencia toparon con una mansión de caramelos y dulces-bollos donde una vieja loca solo quería que engordaran y engordaran para zampárselos. O a Alicia, la de Lewis Carrol: que si ahora me bebo esto y encojo; que si ahora me como lo otro y me hago gigante; que si ahora me voy a tomar el té con el sombrero loco... Eso por no hablar de los lobos, las bestias que peor salen paradas en las fábulas (por eso a Hobbes se lo pusieron a tiro cuando dijo aquello de “que el hombre era un lobo para el hombre”): el que se quería desayunar a los tres cerditos; el del pastor mentiroso que, por moñas, puso en juego las ovejas de su rebaño. Y un clásico: el de Caperucita, el que tenía los ojos tan grandes para vernos mejor y la boca más grande para... Creo que el final de esta historia ya se la saben.

Porque los cuentos de toda la vida son como los bollos industriales: Están plagados de buenas intenciones, con envoltorios muy bonitos, alguna sorpresa y protagonizados por príncipes y princesas vestidos de tules y terciopelos, pero, en el fondo, edulcorados de

rencores, odios, deseos de muerte, venganza y aniquilación. Lo mejor del ser humano, oiga. Esto es así, entre otras razones, porque cuando muchos de ellos se escribieron, allá por la época de la Revolución Industrial, los niños trabajaban jornadas intensivas como los padres; recibían el mismo trato que los adultos; de hecho, venían al mundo para que en la familia hubiera pronto un jornal más; hasta dormían acinados con sus progenitores en sitios inmundos en el mismo cubículo, y a estos, a veces, pues les entraba el calentón... Luego llegaron los Hans Christian Andersen y Grimm de compañía y, como si de la Real Academia de la Lengua se tratara, limpiaron, fijaron y dieron esplendor a unas historias a las que consideraron que había que librar de tanto sexo, tanta lujuria y tanto deseo por descoyuntar al prójimo y les colocaron el cartel de "happy ending", cambiándoles los finales, así, por la cara. Y los productos *tuneados* quedaron listos para el consumo infantil, sin un ápice de maldad en su apariencia externa. Sin embargo, algunos resquicios sí que se dejaron...

En un país no tan, tan lejano...

Podríamos pedirle a Rosalía Banet (Madrid, 1972), que fuera ella la que nos contara un cuento. De hecho, sus Siamesas Golosas, Sara Li y Ana K, el proyecto en el que lleva enfrascada cerca ya de tres años, y toda la cohorte de personajes que las acompañan, tienen una apariencia muy infantil, como de película de animación en 3-D o de fábula con moraleja: formas simples y redondeadas; colores suaves y apastelados... Sin embargo, no se dejen seducir por las primeras impresiones. Una naturaleza en principio tan sensual por diferente como la de ser siamesas, un nombre tan azucarado, una profesión tan íntima y casera como la de cocinar con entrega para los demás, también pueden albergar segundas intenciones. El proyecto de Sara y Ana surge en 2008 a raíz de la muestra *Carnicería Love* en la madrileña galería Espacio Mínimo. En esta exposición se desplegaba buena parte del universo de las Golosas, cuyo escenario era el espacio en el que Sara y Ana componían sus atractivos platos cuyos ingredientes principales eran su propio dolor, su soledad, sus miedos y sus frustraciones. El

resultado, todo un compendio de recetas caníbales que echarían para atrás a los más pintados, sobre todo a los que “comemos con los ojos” (expresión culinaria donde las haya...).

Según uno se va metiendo en su historia descubre que estas muchachas son una especie de bichos raros que van de buen rollo pero cuyas anécdotas, narradas de sopetón, pronto congelan la sonrisa, como las de las hermanas Hilton de *La parada de los monstruos*. Y es que, para más inri, Sara Li y Ana K están unidas por los hombros y fueron creadas a partir de otros restos humanos (Sus madres, las también cocineras Li, Kath, Sara y Ana querían tener un bebé, y ese ansia les llevó a convertir en su obra maestra la creación de un ser humano en esa Carnicería Love o lugar en el que se cocinan los sentimientos. Sin embargo, al no contar con los ingredientes necesarios para crear a los bebés suficientes, hubieron de componer un ser doble en un único cuerpo). Las siamesas, por tanto, retan ya desde su nacimiento a los avances biológicos de la clonación. También a los métodos reproductivos naturales, en ausencia de varón en su concepción. Y se establecen como un nuevo “monstruo” de Frankenstein compuesto de restos de cadáveres, pero eso sí: con mucho, mucho, muchísimo amor.

Ahora bien. Empleemos el término “monstruo” con precaución. Por su doble condición física y mortal, las siamesas presentan una identidad múltiple (aunque contestan a las entrevistas de forma unánime: “Apreciamos de nuestros amigos que no hagan ascos a nada. Que se lo coman todo”; “La falta que no podemos soportar es que alguien se deje algo en el plato”; “Nuestro lema: come y deja que te coman”¹), es decir, frente a la uniformidad, la alteridad; frente al pensamiento único, el diverso... Ellas simbolizan lo monstruoso solo por el hecho de apartarse de la “normalidad” (¿Y qué es lo normal?: “¿Cuánto ha bebido usted?” –le pregunta el médico al que acaba de tener un accidente de coche– “¿Yo? –responde este– Lo normal”). Y sin referentes masculinos que valgan (por aquí se desliza en el trabajo de Rosalía otra crítica al sistema patriarcal en el que estamos inmersos), han conseguido progresar socialmente, triunfar como grandes chefs y hasta abrir su propia fábrica de conservas y sentimientos enlatados, una tienda de *delicatessen*², posar para el *Vanity Fair*, ser entrevistadas por los suplementos culturales de este país³, montar un restaurante, tener un

blog muy activo⁴... Su propia labor como cocineras es un nuevo puñetazo en el ojo de esta sociedad simpáticamente machista que durante años relegó a la mujer a la intimidad de los fogones en casa, pero que luego ha imposibilitado el surgimiento de destacadas figuras femeninas en las esferas públicas entregadas a la restauración. Sara Li y Ana Ka, casi sin saberlo, convierten cada una de sus acciones en un acto heroico en un ambiente aparentemente cordial y de felicidad: se relacionan con sus congéneres –sus primos siameses Alicia & Alicia, Candi & Gabi, Tina & Esther; sus amigos Eli Love, Penis Boy, The Chocolate Man, El Hombre de Chocolate Blanco, Llorona, la saga de Ginger Bread Man...-. Con ellos celebran las puntuales cenas de Nochebuena y Nochevieja, los cumpleaños, San Valentín, citas en las que ellas se vuelcan con sus comensales y les agasajan con las mejores viandas... Sin embargo, muchas nubes negras empezarán a asomar sobre estas idílicas escenas.

¡Miénteme, Pinocho!

Vivimos en una sociedad que detesta la experiencia. Una sociedad que oculta las ideas de muerte y vejez y que menosprecia a nuestros mayores en favor de la sangre fresca. Adoramos la juventud como el mayor de los tesoros y por eso nuestros ideales se fundamentan en los conceptos de belleza, poder, riqueza o vitalidad. Lujo, placer y exclusividad no son términos que nos resulten extraños. Y tan interiorizados los tenemos, que no somos conscientes de cómo afectan a todas y cada una de las facetas de nuestro día a día. También a la de la alimentación. Comer es una necesidad básica que, como otras tantas (y pienso por ejemplo en el vestir) hemos llegado a complejizar hasta tal punto que hace tiempo que en Occidente dejó de solventar cuestiones tan primordiales como los de la supervivencia para rodearse de una sofisticación que desdibuja sus intenciones primarias. Por eso es posible volcar en la ingesta de alimentos deseos como los de devorar o ser devorados, algo impensable en una sociedad civilizada (a pesar de lo que digan las noticias); y por eso se cumple esa máxima de Levi-Strauss a la que tanto ha acudido Rosalía Banet que reconoce que la comida ha de ser buena de comer, pero también buena de pensar.

Rosalía nos invita en este proyecto para el Hospital de Denia a reflexionar sobre el acto cultural que es comer. Algo que va más allá de saber usar los cubiertos o si hay que esperar a que todos los comensales estén servidos para empezar. Por eso nos ha preparado un gran banquete. A su mesa ha traído los manjares más exquisitos, las viandas más suculentas... El problema son sus ingredientes: vísceras, tripas, pechos seccionados de novicias, dedos amputados, penes semiflácidos... Todo ello aderezado con una pizca de sangre coagulada, un chorreoncito de lágrimas, un buen montón de ojos arrancados, coberturas de pústulas, crujientes de heridas... Porque este acto de canibalismo al que nos invita con toda dulzura no es mucho más sangrante que al que nos somete cada día la sociedad de consumo. Ellos nos comen el coco. Nosotros nos tragamos la píldora que nos dan, sin azúcar, ni nada (¡Pobre Mary Poppins!). Nos acercamos sin miramientos a las máquinas de *vending*, introducimos nuestras monedas, y el sistema nos da no solo un montón de grasas saturadas, conservantes, colorantes, glutamatos no ye-yes y demás... También nos proporciona por el mismo precio prejuicios, desigualdades, falsos mensajes... ¡Cuidado pues con la que ha instalado Rosalía en el hospital!

Durante la pasada Bienal de Pontevedra Jean François Boclé clasificaba en la instalación *Consummons racial!* los productos alimenticios en función del tópico sobre hombres blancos o negros que repitiera su envoltorio: los felices negritos del África tropical; los bebotes arios sanos y felices; las exóticas mujeres zumbonas y las entregadas amas de casa anglosajonas... No solo ingiriendo uno de esos productos, sino ya por el hecho de elegirlo asistimos al mayor ejercicio de opresión sobre nosotros mismos que podamos hacer libremente. Y todo eso lo denuncia Rosalía con su trabajo, y por eso debemos mirar con otros ojos, los mejores, ese deseo de las siamesas de poner sobre la mesa toda la carne en el asador. Aunque esta sea a base de vísceras...

En los banquetes de Rosalía, en sus maquetas, en los álbumes de fotos de las celebraciones de las Siamesas Golosas y en las pinturas de tamaño monumental que ahora vuelve a realizar para esta cita, se mezclan la belleza y la desproporción, la dulzura con la

violencia, el detalle con el caos... Así son los mensajes, siempre contradictorios, con los que nos bombardea la publicidad: que si los gorditos son gente bonachona por naturaleza, pero que es imprescindible perder esos kilos de más; que si consumimos tal o cual cosa creceremos contentos (lo de "en condiciones" ya es secundario); que si ayudamos a nuestro tránsito o nuestras defensas con esto o aquello, que, por otro lado, incluye conservantes para matar a un ejército en una guerra bacteriológica; que si comer eso o lo otro no es que nos convenga por una cuestión de salud, sino porque nos proporciona estatus, éxito, poder, porque nos transporta a otra época, a otro entorno, a otra vida que no es la nuestra... Nuestra crisis de valores se resume en una crisis de identidad que también pasa por la cocina y el comedor. Y afecta fundamentalmente a niños y adolescentes, los más influenciados. Somos lo que comemos, decía Brillant-Savarin, y nos lo tenemos merecido, parece puntualizar Rosalía.

Moraleja

Podría contarles un cuento. O se lo podría contar Rosalía Banet, de su propia voz o a través de las siamesas. Pero vamos a dejar que el cuento se transforme en aviso y lo narre desde sus piezas este proyecto, que también se completa –y saludablemente– de los consejos de los profesionales en nutrición del Hospital de Denia que en él han participado y con los que se han elaborado los productos que aparecen en este festín. El mensaje tal vez no resulte fácil de digerir. Pero aún estamos a tiempo de no llegar al empacho.

Madrid, diciembre de 2010

Notas

- 1.- "Entrevista. Cuestionario Proust". Juárez, Ana S. "Vanity Fear. Especial Las Siamesas Golosas". La Conservera. Murcia, 2009
- 2.- La Tienda de Las Golosas formó parte de la exposición de Rosalía Banet en La Conservera (Murcia, 2009)
- 3.- "Las Golosas". Banet, Rosalía. Proyecto ABCD. ABCD las Artes y las Letras número 939. 6 de marzo de 2010 (páginas 38 y 39)
- 4.- <http://rosaliabanet.blogspot.com/>